

PEDRO CASALS

DISPARANDO COCAINA



El asesinato de un poeta a la salida del parque madrileño del Retiro hace que el abogado Lic Salinas ponga en marcha una investigación, que le lleva a penetraren el sorprendente mundo de la cocaína y a descubrir la realidad y el lujo de los narcotraficantes. La narración, de constante intriga, tiene un final inesperado en el marco caribeño de Cartagena de Indias... Y el hilo de la trama desvela que la coca puede ser utilizada también como arma. «Disparando cocaína» es una obra maestra del suspense, del dominio de los lenguajes de los distintos personajes y un profundo drama psicológico que no puede dejar de leerse hasta la última página.

DISPARANDO COCAÍNA

Pedro Casals Aldama

CAPÍTULO 1

Se me remejen las entrañas cada vez que acude a mi mente la cola que trajo aquella llamada, al inicio de una tarde helada y cenicienta de luces invernizas. Por lo que ocurrió, lo que pudo haber sucedido y lo que no pasó. Menos mal.

Mi querido amigo Salinas estaba repantigado en su sillón pardo de cuero envejecido, detrás del escritorio inglés de alas, junto al balcón de su despacho. Pensaba en las musarañas, disfrutando el exquisito placer del *dolce far niente*, cuando el zumbido sordo del interfono vino a perturbarle, rasgando la atmósfera somnolienta de calefacción a todo trapo y volutas azulencas de cigarro cortado.

Aunque ya habían transcurrido más de dos años desde la última llamada de Silvia, la secretaria sabía que siempre estaba para ella, y conmutó la línea sin más trámite que anunciar: «Silvia Serrano». Dijo el nombre con un retintín casi imperceptible, no sé si de complicidad, si de advertencia.

Tras las frases preliminares, torpes, vanas y tópicamente educadas. —«¿Cómo estás?». «¡Cuánto tiempo sin vernos!». «¡Cómo pasa el tiempo!»—, ella, inmovilizando los ojos zarcos, dijo por fin:

—Tengo un asunto para ti. Vas a cobrar lo que pidas. Es *chévere*.

—Ya —suspiró el abogado Lic Salinas, con una pizca de incredulidad.

—Quiero resarcirte.

Ella se refirió, sin nombrarlo siquiera, al oscuro caso en que se había visto envuelta tiempo atrás y, cosa rara, rarísima, el abogado no se avino a aceptarle dinero alguno.

—No tienes por qué resarcirme de nada —repuso en voz queda mientras su vista se paseaba por uno de los anaqueles de roble atestados de libros, que cubrían las paredes de arriba abajo. Y añadió arrastrando las vocales—: No me debes nada.

—Lo he enfocado mal. —Habló más para sí misma que para Lic Salinas—. Pero que muy mal. Olvídate de lo que te he dicho e imagina que acaba de sonar de nuevo el timbre del teléfono, que soy yo, y te digo: ¿Te interesa llevar un asunto que puede dejarte un montón de millones?

—¿Qué asunto?

Salinas no pudo resistir la tentación de preguntarlo. En la voz de Silvia había un eco grave y despacioso que le hizo sospechar que hablaba en serio.

—No es tema telefónico. Prefiero que nos veamos. —Se interrumpió para proponer—: ¿Hoy, por ejemplo?

—¿Es urgente?

—La persona que puede confiarte la cosa ha llegado a Barajas hoy mismo, y se va mañana por la mañana. —Ella, sin dejarle hablar, insistió—: Es uno de esos negocios que no se presentan cada día.

—Si tú lo dices...

—Lo digo —puntualizó—. Y te recomiendo que quedemos a las siete, en la rotonda del «Palace».

—¿Por qué en el «Palace»?

—Porque tu hombre se aloja aquí.

—¿Me hablas desde el «Palace»? —preguntó Salinas con sarcasmo, callándose lo que pensaba: «Es la hora de la siesta. ¿Me hablará desde la cama de ese mirlo blanco? Todo es posible tratándose de Silvia...».

—Sí —cortó ella.

—¿Es amigo tuyo?

—Sí.

- ¿Mucho?
–Mucho.
–Vaya –exclamó con ácida ironía.
–¿Tienes algo que objetar?
–Nada que objetar –repuso intentando sonreír, y aceptando–: A las siete en el «Palace».

El abogado salió del despacho. Cruzó la recepción, y entró en su apartamento traspasando el umbral de la puerta labrada que dividía en dos el vetusto piso de altos techos, alquiler antiguo y contrato de arrendamiento *ad infinitum*. La casa-cuartel, como solía llamarlo.

Su secretaria, Marisa, reinaba en la recepción parapetada tras la máquina eléctrica, y sufría el tic ritual de toquetearse el moño de cabello sedoso, encanecido y limpiísimo. Cada vez que Lic Salinas pasaba ante ella entrando, saliendo, o para ir a hacer pis (Marisa daba la impresión de no necesitar hacerlo jamás), la secretaria le seguía con la vista por encima de sus antiparras de cerquillo de oro.

–Abríguese bien. ¡Hace un gris! –salmodió con aire de santurrón al ver que el abogado se disponía a salir.

–Hasta mañana. Regresaré tarde. No me espere –dijo Lic mientras descolgaba su abrigo de pelo de camello color nuez y le guiñaba el ojo.

Decidió ir a pie hasta el «Palace». Se levantó el cuello del abrigo y anduvo a buen paso. Aún no había cruzado los soportales de la Plaza Mayor cuando el líder de una pandilla de mozalbetes desarrapados le mostró lotería, luego cigarrillos. Le insinuó que llevaba droga y terminó por ofrecerse a limpiarle los zapatos, señalando su rústica caja hecha con desiguales tablillas de madera descarnada y blanca que contenía décimos, cajetillas, cepillos, líquidos siruposos, *chocolate* y betunes. El abogado accedió. Le daba mucha pereza lustrarse los mocasines, y entraron en una cervecería para no quedarse pasmados de frío

mientras el chico hacía el trabajo. Sus compañeros se metieron en el bar, pero se quedaron junto al quicial, ignorando la mirada atravesada del patrón. Los ojos de aquellos mocosos desgreñados eran foscos como su futuro, y agrios como el porvenir del sinnúmero de desempleados que proliferan por todos los acimuts.

Lic Salinas hizo durar el cortado. Pidió otro, y «ya está»: los mocasines italianos con adorno dorado en el empeine refulgían. En cuanto el zagalejo hubo cobrado, «gracias, señor», salió muy aprisa del local, y se unió al resto de la pandilla, mirando de reojo al alejarse, como si huyera de algo.

El arrapiezo se situó al otro lado de la plaza, enfrente del bar. Esperó a que Lic apareciera bajo los soportales y en cuanto le vio el rumbo se acercó a la carrera, apartándose las greñas de la cara y mirándole a los ojos, para decirle:

–Usted es abogao, ¿no?

–¿Cómo lo sabes?

–Aquí se sabe too.

–¿Por qué me lo preguntas?

–Si usted quiere... Puedo subirle el periódico cada día... y hacerle de limpia.

–Llama desde el portal. Si estoy... –le propuso Lic, mitad por quitárselo de encima, mitad pensando: «No es mala idea, no».

El chaval se alejó diciendo:

–Si usted quiere, también puedo subirle lotería... Me llamo Chema.

Salinas le hizo adiós con la mano pensando: «Vere-mos...».

Lic consultó su reloj de números romanos: «Las siete menos cuarto, tendré que andar rápido». Y apretó el paso dejando atrás mesones, filatelias, tiendas de boinas, plate-rías y algún que otro pordiosero galdosiano de boca rene-grida.

A la altura de la Puerta del Sol, «parece que ya acaban de una vez las dichas obras», un mercachifle de voz cascada vendía muñequitos articulados que corrían y chirriaban por el pavimento, logrando congregarse corrillos de mirrones, que nacían y se deshacían como el humo, más por los gestos gran-guiñolescos que por los propios chismes. «Ya tiene mérito, ya, el tío ése», se dijo Lic al pasar a su altura.

CAPÍTULO 2

A las siete en punto Lic Salinas entraba en el «Palace» y atravesaba el pequeño reino de taifas, propiedad del portero de propina y chistera, que limita con la calle por un extremo y la entrada acristalada por el otro; traspasaba la línea de recepcionistas, conserjes y cajeros; dejaba a su izquierda la batería de ascensores y enfilaba la recta final que lleva hasta la rotonda, hundiendo los zapatos en un suelo alfombrado con las tonalidades del corazón de un *plum-cake*.

Silvia ya estaba aguardándole sentada, con las piernas encabalgadas, junto a una lámpara de pantalla de pergamino. Fumaba displicentemente un cortosinfiltro de Virginia, y tan pronto como le vio se puso en pie.

«Vaya bombonazo. Está más güena que la última vez. Más hecha... Y la media melena le sienta de coña», se dijo Lic.

Ella avanzó bamboleando las caderas, como si se meciera sobre los tacones astifinos. Se separó de la frente las guedejas de lluvia tintada de ébano y con los labios pulposos y emborrachados de *rouge* le dio dos besos húmedos y sonoros que estallaron uno en cada mejilla: «mua» y «mua».

–Tu bronceado es de nieve, ¿no? –dijo Silvia señalando el rostro cetrino y anguloso del abogado.

–De estar esquiando.

–¡Cómo vives, Lic! Cómo vives...

–Hago lo que puedo.

Salinas se recolocó las gatas de carey, pendiente arriba de la nariz recta, en un gesto muy suyo.

–Haces bien.

Ella tenía hablar grave, y ese deje *dulssón* a mitad de camino entre canario y andino. Con un gesto le invitó a sentarse, y en cuanto se instalaron en el sofá color crema que se apoyaba en un macizo de plantas, preguntó:

–¿A dónde has ido a esquiar? –y haciendo un mohín, añadió–: Ya sabes que soy muy cotilla.

–A Avoriaz.

Él miró hacia arriba, hacia la cúpula acristalada, entrecerrando los párpados.

Silvia le observó con ojo catalogador, diciéndose:

«Ni una sola cana, y muy pocas arrugas. Muy poquitas. Y ya va siendo un cuarentón...».

El haber superado la línea de los treinta era uno de los asuntos preferidos cuando hablaba consigo misma.

Salinas se puso a contar algunas cosas de la estación, pero ella no le escuchó hasta que mencionó los trineos tirados por caballos enjaezados con cascabeles.

–A ver si un día me llevas a ese cuento de hadas. No sé esquiar, pero me atrae ir en trineo sobre la nieve.

–Estás siempre invitada. Yo voy contigo adonde tú quieras –afirmó el abogado con zumba y no poca zalamería.

–Ahora lo tengo un poco chungo –se lamentó–. Últimamente paso mucho tiempo en Colombia. Mamá murió y me dejó una hacienda en el valle del Cauca, cerca de Cali, y una casa en Bogotá. Ya sabes, era bogotana.

–¿Y tu padre?

–Sigue viviendo en Madrid. Ya no es el que era. Ha perdido mucho desde que por edad tuvo que retirarse de notario. Aunque el declive le viene de atrás... Ya empezó poco después de separarse de mamá. Nunca pudo superar que quisiera regresar a Colombia.

Se acercó un camarero de cara paisana y ella, dirigiéndose a Salinas, le preguntó:

—¿Te provoca un tinto?

Utilizó la expresión colombiana que quiere decir: «¿Te apetece un café solo?», recordando que a Lic le hacía mucha gracia.

—A esta hora me provoca más un gintónic —repuso el abogado sonriendo.

«Lo que me provoca de veras es tu culo», se dijo.

Tan pronto como se alejó el emperifollado camarero, Silvia entró en materia:

—He quedado a las ocho con tu futuro mejor cliente.

—¿Aquí mismo?

—Sí.

—¿Dónde está ahora?

—Arriba, en la habitación.

Lic no dijo nada, pero pensó: «Debe de estar recuperándose del polvo que te acaba de echar... Silvia, tienes ojos de recién follada».

Ella rompió el silencio para darle algún dato:

—Es hombre de decisiones rápidas. Si le gustas, te confiará alguna operación hoy mismo y luego, si no le fallas, puede convertirse en tu rey Midas.

—¿Lo es ya para ti?

—Sí —repuso sin mirarle a los ojos.

El rostro color canela de la chica se arreboló y los ojos ganaron brillo.

—¿Cómo se llama?

—Jorge Cienfuegos.

—¿Es colombiano?

—Sí. Antioqueño. —Adivinando que Salinas iba a preguntarle el currículum desde el principio, prosiguió—: Su padre era un hacendado muy rico que se casó con la hija de un diplomático argentino. Estudió todo el bachiller en Barcelona, y se licenció en yanquilandia.

—¿A qué se dedica? —la interrumpió.

—A administrar su fortuna.

El apellido Cienfuegos le sonaba. Lic lo asoció a cuanto significaba ser archimillonario en Latinoamérica. Sin saber a ciencia cierta por qué, y quizá bajo los efectos de la idea que tenía de rey Midas, Colombia, macrodinero y hacendado muy rico, el cóctel le hizo aflorar en la mente la palabra narcotráfico. Tratando de quitársela de la cabeza preguntó:

—¿La fortuna se la ha ganado él, o la ha heredado?

—Heredó mucho, y lo ha multiplicado.

La voz de Silvia había ganado gravedad, pensando cada respuesta y sopesando las palabras, como si temiera hablar de más.

El abogado reparó en las dos esmeraldas oscuras y limpias que llevaba como pendientes. «Por lo menos son de tres quilates cada una». Y mirándola con fijeza, preguntó:

—¿Qué relación tienes con Cienfuegos?

—Esperaba la pregunta al principio. Recuerdo tu estilo: siempre querías saberlo todo de entrada.

—Me estoy volviendo versallesco.

—Te estás volviendo más peligroso —le corrigió en un murmullo, mirándole con intención para añadir—: Pero me inspiras bastante confianza. —Se recreó en el «bastante»—. Recuerdo lo bien que te moviste cuando estuvieron a punto de enchironar a mamá por evasión de capital.

Silvia se interrumpió pensando:

«Y lo poco que hizo papá».

—¿Qué relación tienes con Cienfuegos? —insistió Lic.

—Me asesora en mis inversiones. Ahora tengo dinero.

No aclaró si venía de la herencia materna o de otras fuentes.

—¿Y qué más?

—Cuando Jorge viaja a Europa suelo acompañarle. Me muevo bien en el viejo mundo y le abro puertas.

—¿Necesita, de verdad, que le abran puertas?

–A veces, sí. –En tono punzante continuó–: Sin mi llamada, ¿hubieras acudido esta misma tarde al «Palace»?

–Quizá sí, si hubiese sospechado que se trataba de un asunto importante.

–O quizá no, por aquello del hacerse valer. –Ella hablaba con los ojos muy abiertos, elevando las cejas y señalándole con el índice–. A Jorge le interesaba verte ahora, y ya ves, lo he conseguido.

–*Touché*.

El abogado se clavó un dedo en la solapa del *blazer* azul-negro de cachemira, y se dejó caer sobre el respaldo del sofá como si le acabaran de atravesar con el acero.

–Eres un niño grande. Los nativos de Cáncer sois así –generalizó sonriendo.

–Recuerdas mi signo... ¡Cuánto honor!

–Hay cosas que las mujeres no olvidamos.

«Si te refieres a la noche que pasamos juntos celebrando que tu madre se había llevado los cuartos de extranjis, también yo la recuerdo con pelos y señales», se dijo el abogado mientras extraía un cigarro de la purera de cuero color tabaco que llevaba en el bolsillo interior.

Prendió primero el enésimo cortosinfiltro que Silvia se llevó a los labios, y luego su puro con parsimonia, hasta conseguir que todo el círculo del foco calorífico se inflamara. Se retrepó y soltó:

–¿Qué quiere de mí Cienfuegos?

–Te lo dirá él mismo.

La chica se alisó una arruga imaginaria del vestido de alta costura color azul turquí, y no añadió una coma.

Salinas fumó en silencio, con morosidad, poniéndola nerviosa adrede. Al cabo de unos pocos minutos de mutismo preguntó:

–¿Te gusta vivir en Colombia?

–Mucho. Europa está muerta. Acá me ahogo. Allá se vive.

–Si tienes tus buenos millones...

La aparición de Jorge Cienfuegos puso punto final a la conversación. Palmeó cariñosamente la espalda de la chica y estrechó la mano del abogado diciendo:

–Encantado de conocerte. –Ni siquiera perdió un instante para proponer el tuteo. Lo hizo—. Me han hablado muy bien de tu bufete de abogado. Te licenciaste en Harvard, ¿no? Yo en Yale.

Lic asintió con la cabeza, sin pronunciar palabra, pensando:

«Tienes mi *dossier in mente*. Seguro que acabas de leerte la ficha-resumen en la habitación, justo antes de bajar».

Jorge Cienfuegos frisaría los cuarenta. Era de faz terrosa, pocas carnes y elevada estatura. Le sacaba la cabeza a Lic, y su cabello canoso estaba empapado y muy planchado.

«Salidito de la ducha», pensó Salinas.

Vestía como un dandi: camisa de seda color crema, terno gris marengo y corbata de escuditos dorados de un club elitista en el que reinaba entre sus pares. Solía hablar con reposada firmeza y dijo:

–Lic (también sabía que sus amigos le llamaban así), te dedicas a la asesoría de firmas mercantiles, ¿verdad?

–Principalmente.

–Sé que has intervenido con buena mano en algún *takeover*. Bueno... –tradujo para Silvia–, en alguna compraventa de sociedades.

El abogado dijo que sí entrecerrando los párpados y pensando: «Va al grano sin rodeos. Me gusta».

La chica hizo una señal al camarero y pidió escocés con hielo para el colombiano y otro gintónico para Lic. Ella no tomó nada.

–¿Estarías dispuesto a asesorarme?

Salinas apretó los labios dibujando una sonrisa irónica y repuso:

–Depende.

–¿Depende...? ¿De qué depende?

–De tu oferta.

Cienfuegos adelantó la mano sarmentosa y abacial para proponer:

–Se trataría de mediar en la compra de cierta sociedad que quiero adquirir aquí en España. Hay que actuar con rapidez. Se trata de una oportunidad... De una operación *flash*...

–¿Qué dedicación requeriría el asunto?

–Pongamos que un mes *full time*.

–¿Qué ganaría yo?

–Si el *deal* llegara a fallar te abonaría la minuta que presentases. –Los ojos de Cienfuegos brillaron con malicia en el fondo de las hundidas cuencas cuando añadió–: Si la cosa sale bien, además de la minuta habitual te abonaré un *premium*: El dos por ciento del monto real del precio.

–¿Real?

Salinas suponía que la adquisición se plantearía en los socorridos términos de: «Unos cuantos millonajes como precio oficial a cobrar en España para vestir la mona, y la parte del león en dinero negro, negrísimo, moneda fuerte y en un Banco suizo o panameño. Por supuesto, al abrigo de enojosos impuestos y de la voracidad fiscalizadora de los neoburócratas». Salinas acertaba.

–Sí, real. Quiero decir sobre lo que se declare y también sobre lo que no –detalló Cienfuegos entredientes, acariciándose la poderosa nuez.

–¿Qué precio estimas? –preguntó el abogado estirando el cuello y oscureciendo aún más la voz.

–Unos mil kilos –estimó con aire de mandamás, tentándose los labios.

«¡Mil millones de pelás! ¡Mamma mia! El dos... Sale a veinte kilitos del ala pal nene. A ver dónde está el truco», pensó Lic tratando de no mover ni un solo músculo.

Tras un espeso silencio en el que Silvia le animó con los ojos a aceptar, Salinas preguntó: